

Catástrofe Ecológica de la Humanidad



Cuenca del Amazonas.

Mayor CARLOS DEL CAIRO

Se trata de la "RESERVA AMAZONICA", esa bacía gigantesca que se extiende desde el Orinoco y sus afluentes, por el norte; hasta los nacimientos del Amazonas y sus afluentes por el sur, comprendiendo la vertiente oriental de la cordillera de los Andes, desde Colombia hasta el Perú y Bolivia, extendiéndose hacia occidente a lo largo de su eje vital el río-mar, el Amazonas, hasta su desembocadura en el Atlántico, abarcando una superficie de cerca de 8 millones de kilómetros cuadrados de planicie casi totalmente cubierta de selva tropical vigorosa y lujuriente que, gracias a su inmensidad puede mantener y mantiene un ritmo de equilibrio meteorológico en tan ilimitados confines, que quizás influye también en las regiones vecinas de mar y tierra.

Este equilibrio meteorológico que se refiere a la alternación rigurosa de las lluvias y veranos a lado y lado de los afluentes del gran río, que lo mantienen casi siempre con el mismo volumen de aguas en su cauce, consiste en que cuando es verano en las cabeceras de los ríos que le caen por la margen derecha, es tiempo de lluvias en las cabeceras de los de la margen izquierda y viceversa en el siguiente trimestre. También se propician, gracias a esos fenómenos de meteorología, como consecuencia de la humedad de la selva, unos días de "FRIAGEM" (intenso frío), que de quinquenio en quinquenio se alargan más de la cuenta, hasta 5 días y entonces se mueren millones y millones de peces, tantos más cuanto mayor sea la densidad de la población ictiológica de la zona azotada por el frío. Esta mortandad de peces y de otros ejemplares de la fauna es una demostración exacta de la sabiduría con que actúan las leyes de la naturaleza para mantener el equilibrio en la justa proporción de los seres que la pueblan.

El hombre debe respetar estas leyes y estas formas de la naturaleza; el hombre debe respetar la selva y no interferir destruyendo inutilmente la infinita cadena de elementos animales, vegetales, orográficos e hidrográficos que la constituyen y que sumados y entrelazados forman una sola entidad que al romperse en cualquiera de esos componentes pueden ocasionar la destrucción y la muerte de todos los demás, sin que nunca se pueda reponer lo destruido mientras el hombre viva, pues sólo un nuevo GENESIS sin vándalos humanos podrá reconstruir en milenios de nueva evolución lo que antes de su destrucción vandálica, tardó también milenios en formarse.

Para darnos cuenta de la totalidad de destrucción que se produce en la selva por la acción del hombre, tomemos como ejemplo un posible PLAN DE ASENTAMIENTO de mil familias de agricultores, para los cuales se han destinado diez mil hectáreas de selvas vecinas a ríos y lagos, distribuidos en grupos de 20 familias por asentamiento, es decir, constituyendo pequeñas concentraciones de hombres, mujeres y niños. Comenzarán por construir simples cobertizos de varas y hojas de palma para protegerse y proteger los víveres que llevan para el sustento en los primeros días; después visitarán la región que les correspondió para ubicar la de mejor substrato vegetal, calculando que al derribar la selva y quemarla, les producirá la más rápida cosecha de maíz, yuca y plátano, combinados con unas matas de papaya, piña y caña de azúcar y hasta

de ahuyama, para sobrevivir, después de sostenerse los dos primeros meses con solo pescado y "farinha", complementados una que otra vez con carne de mico, de marrano de monte o de pato, mientras estas especies no desaparezcan de la región, o exterminadas o asustadas.

Pero esto que se va haciendo es la destrucción de la selva, la destrucción total de una primera hectárea para sustentar durante unos meses a una familia; lo demás vendrá por añadidura en una serie interminable de golpes destructores que irán abriendo y abriendo selva, ampliando y ampliando boquetes en el corazón de ésta; desecando lagos, cegando caños, igarapés, pantanos; en una palabra aniquilando todo cuanto constituye la base para el crecimiento y posterior desarrollo de la riqueza ictiológica de la amazonia, que representa su mayor recurso de vida para el humano, toda vez que se trata del mejor alimento que se puede encontrar en aquellas lejanías y también, el más fácil de obtener.

En menos de 100 años, con el aumento de la población terrestre en otros 1.000 millones de seres, aquellas primeras 10.000 hectáreas derribadas, se habrán ampliado hasta constituir millones, decenas de millones, acaso centenares de millones de hectáreas



Indios amazónicos pescando pirañas.

de selvas de amazonia derribadas, con centenares de millares de lagunas y cursos de agua desecados y por consiguiente, se podrían calcular en millones y millones las toneladas de pescado, o mejor, de proteína y fósforo ictiológicos mermados a la para entonces ya menguada ración alimenticia de la humanidad; cuando la realidad es que cada día habrá más y más bocas clamando por alimento en todos los continentes.

Comenzó pues la destrucción, la destrucción total! de la selva, la destrucción total de su equilibrio ecológico; el aniquilamiento sistemático e implacable, iniciado y adelantado y con perspectivas de llegar a ser brutal y fatalmente culminado, del único y gigantesco pulmón vegetal que le resta al planeta tierra y sin el cual será dudosa su supervivencia en el futuro si se tiene en cuenta el crecimiento y expansión de la especie humana, porque, desaparecido este pulmón, desaparecida esta gigantesca reserva, desaparecerá el humano como ser civilizado, ya que, por elemental lógica hay que deducir que la meteorología del globo se transformará totalmente junto con sus ciclos regulares y estacionales, que ya vemos parcialmente transformados. Y si por este tiempo ya las reservas de ozono de la atmósfera se van agotando en virtud de la incontenible y gigantesca polución que día a día crece y crece, al ritmo del crecimiento del volumen de los gases de combustión destructora que producen los millones y millones de máquinas y motores que mueven las industrias, el comercio y el placer de los humanos, que a su vez también crecen y crecen en proporción geométrica, sin que se piense en serio en poner freno a este crecimiento, que al no encontrar ni espacio para respirar, ni tierra para cultivar los productos vitales del agro, buscará necesariamente desplazarse hacia el único gran espacio libre y capaz de producir algo, aunque sea por cortos cincuenta años, antes de que desaparezca su capacidad de producción útil y se transforme en un mar de arena.

Y el proceso de destrucción es infalible, porque no es el hecho de que se ordene, legisle, reglamente la reforestación condicionada a los más severos castigos si no se cumple; no, la reforestación en el caso de la selva amazónica es imposible, porque el árbol que hoy se derriba, nació hace decenas o hace cientos de años, dentro de un habitat preparado por la naturaleza, no durante decenas o cientos de años, sino durante miles o millones de años; y al caer ese árbol por la acción destructora del hombre, que no por la acción equilibrante de las fuerzas de la naturaleza, no sólo se des-

truye totalmente ese habitat imprescindible para la supervivencia general, sino que se modifican proporcionalmente las condiciones orográficas, hidrográficas, meteorológicas y ambientales de la región, hasta el punto de que es lógico deducir que acaso no bastarán miles o millones de años de abandono absoluto de esa zona para que se vuelvan a reconstituir las condiciones climáticas y orográficas que se necesitarían para que la fauna, la flora y el ambiente lleguen a ser lo que son actualmente. Y estas cuatro palabras: "lo que son actualmente" tienen un extraordinario significado, tienen un verdadero valor de salvación, ya que equivalen a decir: "porque aún perduran", porque aún no han sido destruidas esas selvas milenarias y maravillosas que aún se pueden aprovechar tratándolas racionalmente, técnicamente, científicamente, para beneficio y recreo del cuerpo y del espíritu de los humanos si los gobiernos de los países coparticipes de la Amazonia, a saber: Brasil, Guayanas, Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia, designan comisiones de expertos y simpatizantes de la selva y de la humanidad, que se sienten a discutir con absoluta seriedad y con el más crudo realismo, ubicados en un sitio de observación privilegiado como podría ser un gran planchón fondeado en la bahía que el gran Río Negro forma frente a la ciudad de Manaos, la capital de la selva, desde donde podrán palpar y observar en detalle los grandes destrozos de la polución y de la deforestación de aguas arriba y el enorme tráfico de destrucción del medio selvático, representado en las maderas, pieles, plumas, animales vivos, tortugas recién nacidas, por millares, que se transportan en canecas, micos, pájaros, insectos, peces ornamentales etc. que constantemente transportan, a pesar de las vedas, barcos, lanchas, jangadas y canoas que se desplazan en caravana incesante, desde y hacia los confines más remotos de la Amazonia, desangrándola y exprimiéndola, sin otro beneficio que el de facilitar una precaria supervivencia, dentro de condiciones infrahumanas por la falta de otros recursos de la civilización: electricidad, medicinas, pan de trigo, etc., para unos cientos de miles de seres desperdigados en esas enormes extensiones, destruyendo el pulmón que necesitarán millones o miles de millones de humanos asentados en el resto del planeta.

La única solución que se pueda considerar salvadora en las actuales circunstancias, sería la de decretar que la Hoya Amazónica se debe considerar como un gigantesco parque natural, patrimonio de la humanidad, que sólo se podrá explotar aprovechando sus



Delta del Amazonas.

excedentes, pero nunca restándole su potencialidad y su propia capacidad de supervivencia en recursos hidrográficos y vegetales y animales. Se deben organizar en cada país amazónico, pero en las zonas favorables de la selva, universidades o centros de estudio que, al mismo tiempo que realizan observaciones y experimentos en relación con la explotación sin aniquilar, enseñen a otros a

explotar racionalmente las extraordinarias riquezas que pueden obtenerse e inclusive incrementarse en la Amazonia, sin destruirla y acaso, sí, mejorándola.

La supervivencia de la selva gira alrededor del equilibrio que vivifica fauna y flora, al mantenerse llenos ríos y lagos, ayudados por el sol que facilita la función clorofilácea del infinito mar de verdura. Roto este equilibrio al ser derribada la selva, se abre la compuerta a la catástrofe y el mundo perderá en forma irreversible el disfrute de este tesoro irremplazable que representa la existencia sin menoscabo de la gigantesca HOYA.

Que la Amazonia se considere como el GRAN PARQUE DE LA HUMANIDAD para las generaciones presentes y futuras; que sus productos animales, vegetales y minerales se exploten en la forma más racional posible, dentro de reglamentaciones colectivas y que el habitat general no se transforme, deben ser los ideales en pro de los cuales, desde ya, se debe luchar incansablemente hasta conseguirlos so pena de ocasionarle a la humanidad la más grande catástrofe ecológica de todos los tiempos.